



Como ideas desterradas

Libro de Aventuras

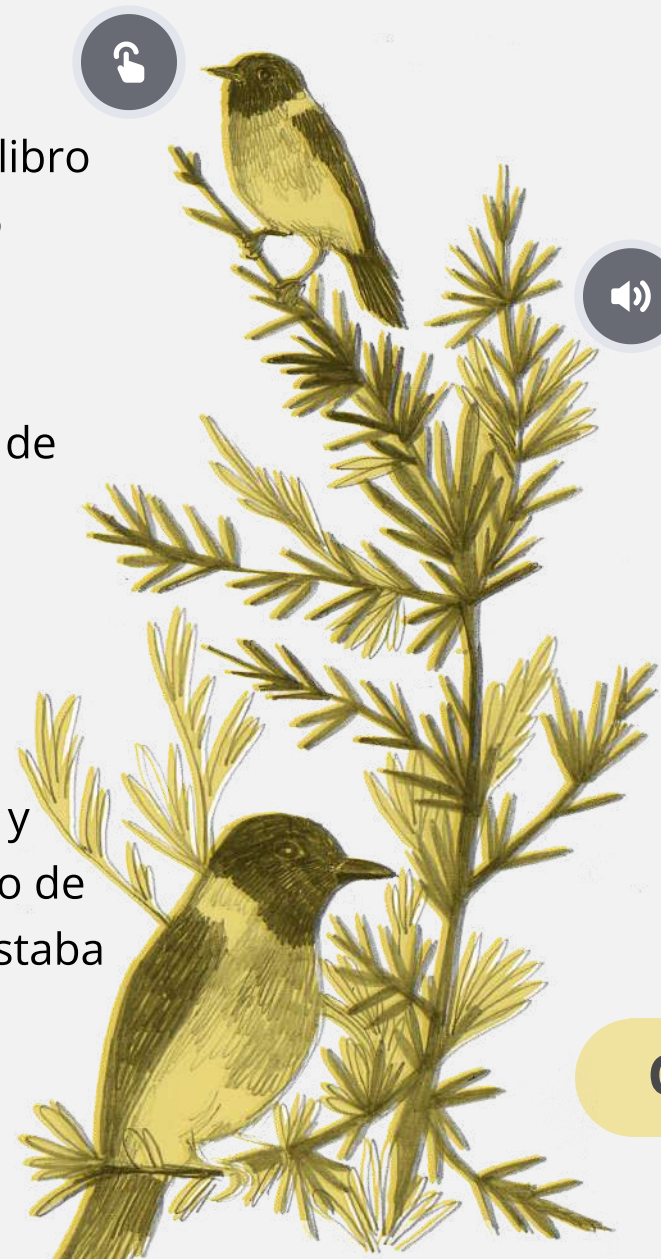
COMIENZA



En momentos de desánimo, Flora leía poesía. Abría un libro al azar y leía un poema como si fuera un oráculo. Pablo Neruda era uno de sus poetas favoritos.

Pero, entre todos, estaba el poema sobre las aves migratorias. Siempre le había encantado, antes incluso de ser ornitóloga y de que cobrara otro sentido para ella, ligado a sus últimos días.

Como el Principito, soñaba con que una bandada de pájaros se la llevara lejos. No solo del lugar donde vivía y donde sentía que jamás había sido feliz, sino sobre todo de sí misma, de su propio cuerpo. Un cuerpo que no le gustaba porque a los demás tampoco les gustaba.



CONTINUÁ

Oda a mirar pájaros

Ahora a buscar pajaros!

Las altas ramas ferreas en el bosque,
la espesa fecundidad del suelo esta mojado el mundo,
brilla lluvia o rocío,

un astro diminuto en las hojas:

fresca es la matutina tierra madre,
el aire es como un rio que sacude el silencio,
huele a romero, a espacio y a raices.

Arriba un canto loco, una cascada, es un pajar.

Como de su garganta mas pequena que un dedo pueden caer
las aguas de su canto?

Facultad luminosa!

poderio invisible, torrente de la musica en las hojas,
conversacion sagrada!

Limpio, lavado, fresco en este dia, sonoro como citara verde,
yo entierro los zapatos en el lodo, salto los manantiales,
una espina me muerde y una rafaga de aire como una ola
cristalina se divide en mi pecho.

Donde estan los pajaros?

Fue tal vez ese susurro en el follaje
o esa huidiza bola de pardo terciopelo,
o ese desplazamiento de perfume?

¿Esa hoja que desprendió el canelo fue un pájaro?

¿Ese polvo de magnolia irritada o esa fruta que cayó
resonando, eso fue un vuelo?

Oh pequeñas criaturas invisibles, pájaros del demonio,
vayanse al diablo con su sonajera, con sus plumas inútiles?

Yo que solo quería acariciarlos,

verlos resplandeciendo,

no quiero en la vitrina ver los relámpagos embalsamados,
quiero verlos vivos, quiero tocar sus guantes, de

legítimo cuero,

que nunca olvidan en las ramas,

y conversar con ellos en los hombros aunque me dejen
como a ciertas estatuas inmerecidamente blanqueado.

Imposible. No se tocan, se oyen como un celeste susurro o
movimiento,

conversan con precisión, repiten sus observaciones,

se jactan de cuanto hacen, comentan cuanto existe,

dominan ciertas cieguetas como la hidrografía,

y a ciencia cierta sabe dónde están cosechando cereales

...

Oda a mirar pájaros de Pablo Neruda

© Facilitado de forma gratuita con fines educativos

Con los años, le habían llamado de todo: gorda, ballena, obesa, rellenita, foca... Al principio eran «solo» palabras, susurros al oído para no ser oídos o murmullos entre dientes fingiendo una sonrisa. Gritos cruzando la calle para señalarla. En sus redes, bajo sus fotos.

Palabras repetidas una, diez, cien, mil veces. Palabras pesadas, crueles, insultos gratuitos con el único fin de herir y golpear. Luego llegaron los empujones y golpes, en los baños y fuera de clase. Ocultaba los moratones, pero no siempre las lágrimas. Parecía que se alimentaban de ellas: cuanto más lloraba, más saña ponían en sus golpes e insultos.

Al salir de clase, se escondía en el parque a escuchar el canto de los pájaros, intentando avistarlos entre las ramas y el follaje. Podía pasar allí horas enteras, sintiéndose, por fin, acogida y protegida.



CONTINÚA

Apoyada en el tronco de un árbol, leía, estudiaba o simplemente se quedaba en silencio, escuchando: el pío de las aves y el lejano murmullo de los niños.

El verano ya estaba a la vuelta de la esquina; solo quedaban los exámenes orales. Estaba tan sumergida en sus pensamientos que no notó que la seguía un pequeño grupo en vaqueros y camisetas negras.

Eran tres, más Cosimo, que se mantenía un poco al margen, como si realmente no quisiera estar allí. En otras ocasiones también se había quedado a un lado, a distancia, como si eso bastara para no sentirse implicado o menos culpable; pero jamás intervino para ayudarla, ni una sola vez la defendió ni les dijo que pararan.



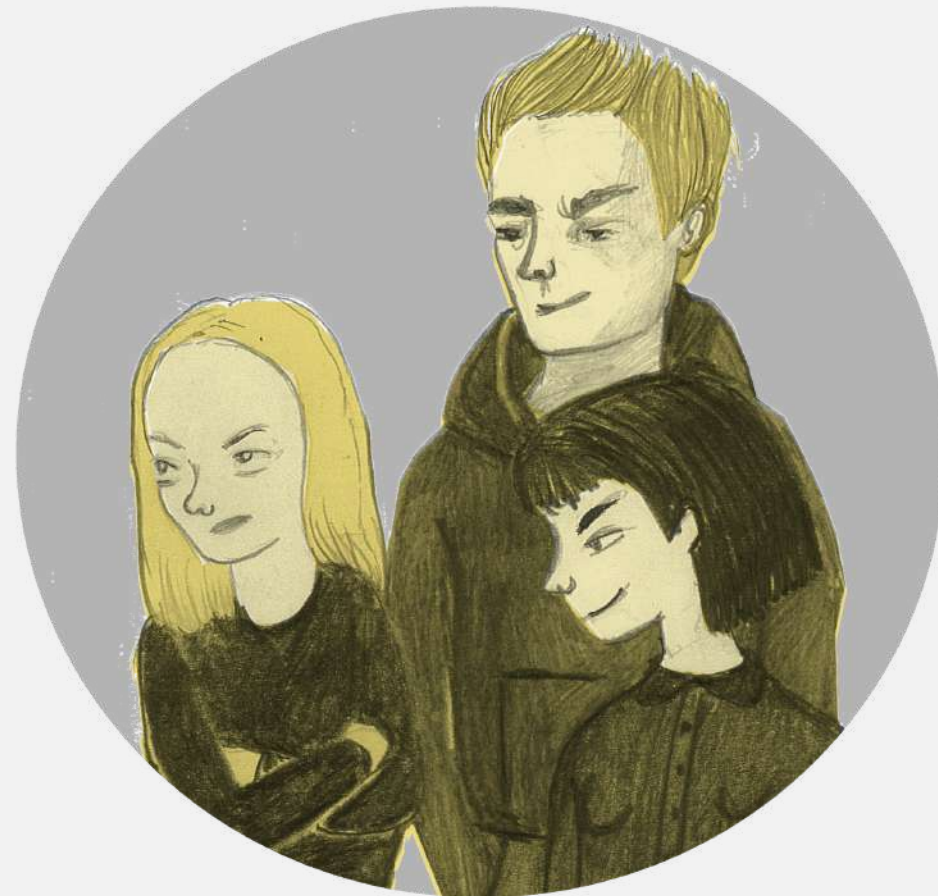
CONTINÚA

Ginevra, la chica rubia de 5.º C, estaba frente a ella. Le dio una patada con la bota.

«A ver si esta bola de sebo es capaz de rodar»

Flora se levantó, dolorida. Al ponerse en pie era mucho más alta que ella y, sin mediar palabra, la empujó con tanta fuerza que la tiró al suelo. Los demás se quedaron mudos y quietos, sin saber qué hacer. Aquella reacción inesperada los tomó por sorpresa; nadie la siguió, solo los insultos de Ginevra.

Terminaron las clases y, con ellas, la posibilidad de cruzarse; tras aquel último incidente, ellos se habían limitado a lanzarle miradas de desprecio o algún comentario cortante desde la distancia.



CONTINÚA



Flora había convertido su cuerpo, su sobrepeso, en un escudo. Ya no lloraba; se volvió sorda a los insultos. Dejó atrás la ropa negra y sin forma con la que intentaba ocultarse y empezó a atreverse, a vestir de colores, con prendas que realzaban sus curvas.

Algunos aún la definían por su cuerpo, redondo y opulento, pero ella había ganado seguridad sabiendo que era mucho más: entendió que no la definían sus kilos, sino que eran sus pensamientos, sueños, acciones, conocimientos y aprendizaje los que describían la persona que era.

En clase también había sido una empollona, lo que tampoco la ayudó a hacer amigos; la soledad le pareció la mejor opción: el acoso sufrido la había alejado de todos, empujándola a concentrarse en sus estudios.

CONTINÚA

Tres años de Ciencias Biológicas y dos de un máster en Biología Evolutiva la habían convertido en una de las ornitólogas más respetadas.

Tras graduarse y publicar varios artículos, empezó a trabajar en una de las reservas naturales más bellas: un lago convertido en parada clave de las rutas migratorias de aves que, tras cruzar los Alpes, seguían hacia el Sáhara. Flora centró sus estudios en cómo el cambio climático afectaba a la salud y al número de estos animales.

No solo porque fuera su meta, sino porque no deseaba nada más: rechazaba las invitaciones de sus compañeros, dedicándose en exclusiva a estudiar y analizar datos, distanciándose de todo lo que la asustaba: la gente y la vida. Muy temprano, iba a las redes a recoger a las pequeñas criaturas atrapadas. Con delicadeza, las llevaba al laboratorio para medirlas, pesarlas y colocar a cada una su pequeña anilla de identificación.



CONTINÚA



Durante los últimos treinta años, el declive de las poblaciones de aves migratorias en Europa e Italia ha sido dramático, con una reducción estimada de más del 30 % entre las especies vinculadas a los entornos agrícolas. Más que de extinciones totales, podríamos hablar de una «primavera silenciosa», marcada por la drástica reducción a la mitad de muchas especies como resultado de varias causas superpuestas.

Entre ellas se encuentran la agricultura intensiva, que hace un uso generalizado de pesticidas y otros agroquímicos que eliminan los insectos que constituyen la base de la dieta de muchas aves; el uso de pesticidas en un sentido más amplio; y la dramática destrucción de hábitats como setos y prados, que ya no permiten a las aves anidar.

El cambio climático también provoca que las migraciones comiencen antes, creando un desajuste entre el momento en que nacen los polluelos y la disponibilidad de alimento. La caza, tanto legal como ilegal, ha tenido un impacto igualmente significativo.

Entre las especies migratorias que han sufrido los mayores declives se encuentran la golondrina común (*Hirundo rustica*), con descensos de más del 50 % en muchas zonas debido a la reducción de insectos y hábitats de anidación; la alondra común (*Alauda arvensis*), un ave típica de las zonas de cultivo que ha sufrido un marcado declive demográfico por la falta de diversificación de los cultivos; y la tarabilla común (*Saxicola rubicola*), que disminuye debido a la desaparición de los parches de vegetación necesarios para anidar. Especies como los correlimos, los chorlitos grises, los chorlitejos y las avefrías europeas también han descendido globalmente más de un 30 %, mientras que los estorninos pintos y las lavanderas cascabeleras han sufrido una fuerte disminución en los últimos cuarenta años.

El chotacabras europeo (*Caprimulgus europaeus*) es un ave migratoria de larga distancia que sufre la pérdida de su hábitat, al igual que el alcaraván común, el cernícalo primilla y el alcaudón chico. Estas especies están ligadas a hábitats agrícolas de tipo estepario, que ahora son extremadamente raros en Italia y, por tanto, están muy amenazados. La caza y el envenenamiento, por otro lado, se encuentran entre las principales causas de muerte de especies como los buitres leonados.



Las tranquilizaba con palabras amables:

«No pasa nada, solo un minuto más, todo está bien...»

Anotaba su nombre, sexo, edad y estado de salud en el atlas de migración. Pero el instante que la hacía feliz era cuando las liberaba. Sentía que se llevaban consigo un trocito de su corazón.

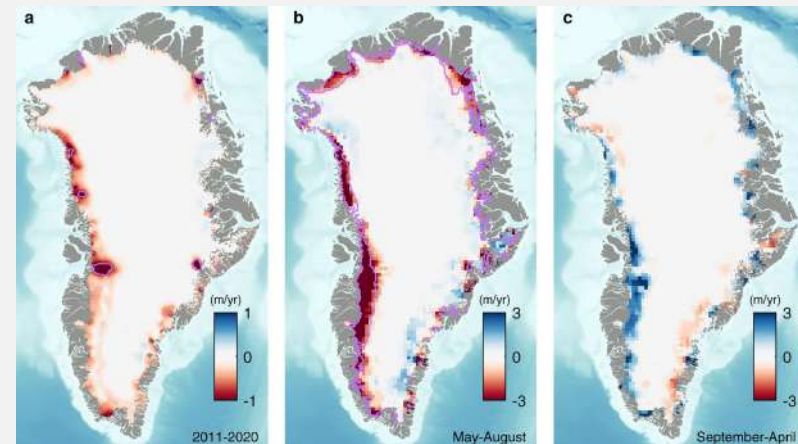
Sin embargo, los datos no eran alentadores: el número caía más y más cada año. Luego llegó el verano y el calor. Un calor sofocante; el aire era tan denso y húmedo que casi se podía nadar en él. Los glaciares de Groenlandia empezaron a derretirse más rápido y a reducirse tanto que ocurrió lo vaticinado: se abrieron nuevas rutas de navegación y, con ellas, nuevos intereses económicos.



CONTINÚA

El derretimiento de los glaciares de Groenlandia tiene múltiples consecuencias climáticas. Incluye un mayor riesgo de inundación, como muestran estudios de revistas como «Nature Communications», que detalla que en la última década se han fundido hasta 3,5 billones de toneladas de capa de hielo. Esto no solo ha elevado el nivel del océano un centímetro, sino que incrementó el riesgo de inundaciones en todo el mundo.

El deshielo de esta capa podría elevar el nivel del océano unos seis metros. En los últimos cuarenta años, el rápido aumento de temperaturas y las intensas olas de calor hicieron que algunos glaciares se derritan más rápido y con mayor frecuencia, provocando un aumento del 21 % en la escorrentía del agua. Un tercio del glaciar se perdió durante los tórridos veranos de 2012 y 2019.



El derretimiento de la capa de hielo también impacta negativamente en los ecosistemas marinos costeros y en la circulación oceánica regional. La imagen muestra las diferentes condiciones entre 2011 y 2020. Las curvas moradas indican la magnitud de la destrucción de la capa de hielo.

Las consecuencias no fueron solo el aumento de las aguas profundas por el deshielo, sino sobre todo el incremento del efecto albedo. Al derretirse, no solo subió el nivel del mar, sino también las temperaturas, en un ciclo vicioso y desastroso que afectó a poblaciones ya golpeadas por otras calamidades.

Para contrarrestar estos fenómenos, numerosas empresas empezaron a donar grandes sumas para financiar a investigadores y científicos en busca de una solución, aunque fuera parcial; como si el cambio climático hubiera despertado conciencias, incluso las de quienes jamás habían creído en él.

Así, labores como la de Flora, antes marginadas y vistas como causas extrañas de algún ecologista excéntrico, recibían ahora enormes sumas de dinero para su investigación y monitoreo.

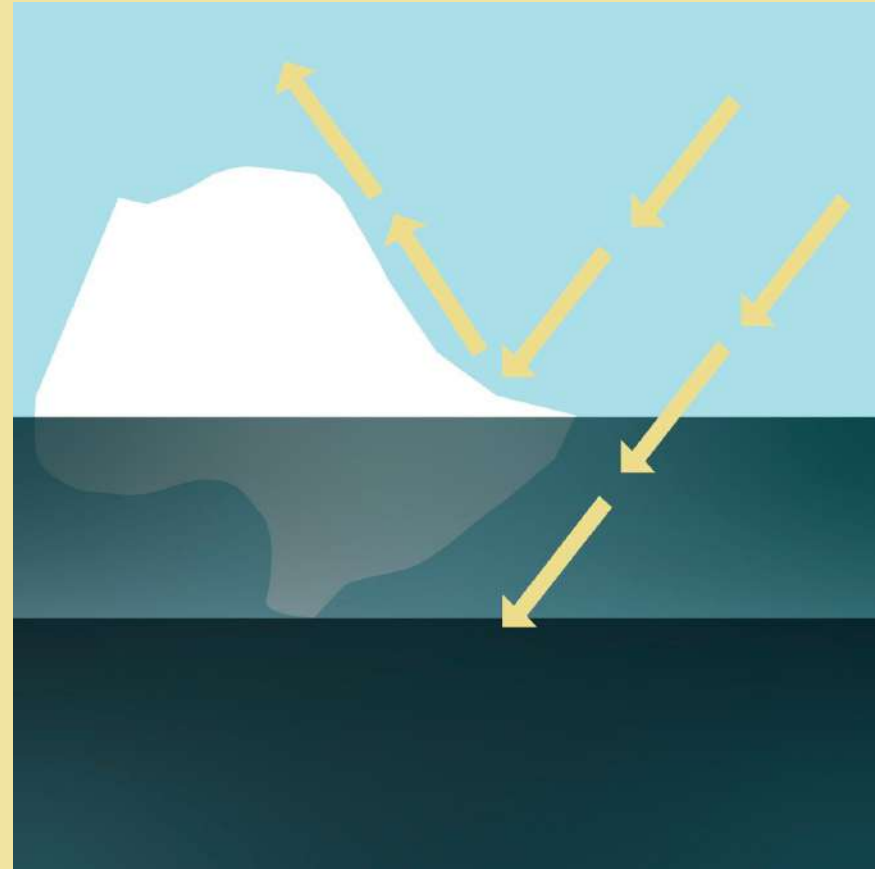


CONTINÚA

El albedo es la capacidad de una superficie para reflejar la luz solar y es crucial para el equilibrio energético de la Tierra. Su valor oscila entre 0 y 1.

El océano, por sus aguas profundas, tiene un albedo bajo que le permite absorber más calor. En cambio, las superficies claras como la nieve y el hielo poseen un albedo alto y reflejan mucha más luz. Es el caso de los casquetes polares, que ayudan a mantener bajas las temperaturas.

El deshielo glaciar aumenta la superficie de los océanos y de las aguas oscuras y profundas que absorben calor, lo que eleva las temperaturas en un círculo vicioso que se retroalimenta.





El oasis se extendía alrededor de varias masas de agua, rodeado de espesos carrizales donde las aves hallaban refugio. Alrededor, el bosque había crecido de nuevo para separar el oasis de los cultivos y las granjas de ganadería intensiva.

Al principio, a Flora le parecía ilógico e incoherente hacer coexistir dos realidades tan distantes: el cuidado de ciertas aves frente a la explotación y muerte de otras.

Como si un martín pescador o una polla de agua merecieran más amor que una gallina o un pollo. Sin embargo, con el tiempo, Flora intentó apartar estas reflexiones de su mente. Como cada día, sentada a su escritorio, anotaba los datos de una pequeña tarabilla, susurrándole palabras dulces para calmar su asustado corazón.

CONTINÚA

Entonces entró alguien.

«Permítame presentarle a la doctora Flora Dirondò, una de nuestras mayores expertas. Su labor aquí es inestimable», dijo el director del oasis con voz melosa.

Luego, volviéndose a Flora: «El doctor Genesio Sisifo, dueño de la empresa Cartagini. Como sabe, uno de nuestros patrocinadores». Flora los miró sin comprender, aún absorta en su charla con el ave. Reaccionó e intentó responder:

«¿El productor de carne de pollo? Se refiere a las empresas que han sido objeto de varios informes por las condiciones de sus animales...»



«Eso fue hace mucho», la interrumpió Sísifo con una sonrisa, acercándose e invadiendo el espacio de Flora: «Hoy nuestras empresas están a la vanguardia: animales criados sin antibióticos, al aire libre, con la opción de vivir felices...»

CONTINÚA



La situación de las granjas avícolas en Italia y en todo el mundo es devastadora. Los métodos de la ganadería intensiva causan enfermedades, además de la «tortura» de miles de animales.

Los datos provienen del informe ChickenTrack 2024 de Compassion in World Farming (CIWF), que examina el progreso de las empresas alimentarias en materia de bienestar animal.

La densidad de población a la que se somete a los animales es uno de los muchos problemas que los activistas piden reducir, junto con métodos de aturdimiento que aún no respetan a estos seres sintientes.

Otra práctica cruel es la alteración genética para que sus pechugas crezcan rápido y de forma anormal. Esto obliga a sacrificarlos a los 35 o 40 días para evitar que mueran aplastados por su propio peso.

Como resultado, los animales sufren miopatías y quemaduras en las patas causadas por la falta de higiene y limpieza de los lugares donde viven.

En los últimos años, también se han registrado numerosos casos de gripe aviar H5N1, tal como han documentado varias investigaciones periodísticas importantes.

«Ser criado para ser comido no parece la idea de felicidad de nadie».

El director del oasis intentó acallarla con la mirada.

«Créame, están de maravilla. Puede visitar nuestras instalaciones cuando quiera. Además, nuestro trabajo ayuda a financiar el suyo y a salvar especies mucho más amenazadas que los pollos y las gallinas», dijo Sísifo, sin perder la sonrisa.

Era una sonrisa perfecta, de dientes blanqueadísimos y simétricos que le impedían cerrar los labios, extendiéndose por su rostro grande y ancho.

El director y Sísifo se marcharon, dejando a Flora sola. Se sentía desorientada, con un malestar que no lograba sacudirse. Abrió la ventana y liberó a la pequeña tarabilla, aun sin haberla anillado y habiendo olvidado pesarla.



CONTINÚA



Escondida entre las cañas de las lagunas, buscaba al rascón europeo. Había identificado sus nidos y oía su canto inconfundible. Sus tonos grises y marrones lo hacían casi invisible entre las densas sombras del carrizal. Flora seguía en silencio, agradecida por esos instantes robados a la naturaleza.

De pronto, un suave susurro llamó su atención. Ocultos en el carrizal no solo estaban el rascón y el avetorillo, sino también dos compañeros de trabajo. No lograba ver quiénes eran.

«Ha tenido las narices de venir aquí, ese gusano».

«¿Crees que deberíamos avisarla?».

«Ella nunca habla con nadie. La he invitado un montón de veces, pero siempre pone excusas»

CONTINÚA

«Quizá sea tímida. O quizá piense como ellos».

«No, seguro que no. Aunque no lo creas, al principio incluso me caía bien, pero de verdad parece que no le gusta nadie... aparte de los animales de este oasis».

«En cualquier caso, creo que deberíamos advertirle que tenga cuidado, porque ese asqueroso bastardo es un hombre peligroso. De los que te sonríen y luego te apuñalan por la espalda»

Flora sintió que su malestar crecía y, sin pensarlo, se puso en pie, revelando su presencia. Ambos se callaron.

«Lo siento, no quería espiar su conversación, pero... he oído que también hablaban de mí. ¿Qué es lo que debería saber?», dijo, aún inquieta.

«Deberías saber que esas granjas son verdaderos campos de tortura. A los animales los tratan de forma terrible. Un amigo periodista de la televisión logró entrar y grabar vídeos de las atrocidades: animales sacrificados con gas, casos de gripe aviar, cadáveres abandonados allí mismo...»

CONTINÚA

«Por favor, no sigas... Pero ¿yo qué puedo hacer?».

«La empresa utiliza el oasis para hacer greenwashing, para limpiar su conciencia. Queremos unir fuerzas con mi amigo periodista y destapar todo este asunto»

«Perderéis vuestro trabajo y la oportunidad de proteger a nuestras aves migratorias, que están en peligro de extinción...»

«Flora, no te estamos obligando; tú eliges. Pero, aunque nosotros no te caigamos bien, ¡creemos que eres maja y valoramos tu trabajo!».

Flora se sonrojó y bajó la mirada, murmurando un casi inaudible «lo siento».

«Solo queríamos avisarte, eso es todo. Puedes unirte a nosotros o quedarte al margen. No te juzgaremos por ello»

LA ELECCIÓN DE FLORA



Flora deja la empresa y se une a la protesta. Ve a la página 15



Flora decide quedarse, considerando más importante la vida de las aves migratorias. Ve a la página 38

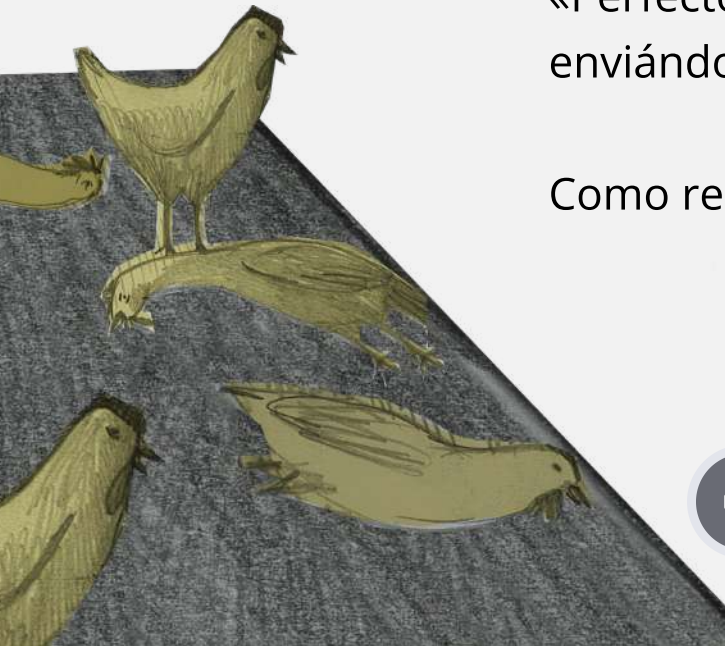


Al volver a la oficina, buscó el número de sus compañeros en el tablón de anuncios. Les escribió un mensaje de inmediato: «Siento haber huido; a veces no controlo mis emociones. Decidme qué tengo que hacer. Estoy con vosotros»

Flora se quedó mirando la pantalla, donde tres puntos parpadeaban indicando que su compañero escribía: «Nos alegra que estés con nosotros; no teníamos dudas. Mi amigo periodista quiere venir y hacer un reportaje para revelar la verdad. Se va a armar un buen revuelo, ya verás. Hasta mañana»

«Perfecto. Por cierto, no es verdad que no me caigáis bien», escribió Flora, enviándolo de inmediato antes de que pudiera arrepentirse.

Como respuesta, apareció una carita guiñando un ojo en su pantalla.



CONTINÚA



Flora fue al encuentro con un chándal negro. Sus compañeros y el periodista la esperaban y la hicieron subir al coche. Tras las presentaciones, le pusieron un teléfono en la mano donde se reproducía un vídeo grabado dentro de la granja. Flora lanzó un grito de dolor y horror, devolviendo el móvil como si quemara.

«Lo siento, queríamos que entendieras que lo que ocurre es realmente espantoso. Yo tuve que ver cosas aún peores. Aunque el trabajo que haces en el oasis es valioso, tal vez no valga la vida de todos estos animales», le dijo el periodista.

CONTINÚA

Flora bajó la mirada.

«Debes saber», continuó el periodista, «que las granjas intensivas, todas ellas, también causan la muerte de aves migratorias, porque contribuyen al cambio climático». Flora lo miró, incapaz de decir nada



Solo sentía las lágrimas correr por sus mejillas y la mano de alguien acariciando suavemente su hombro para consolarla.

«Todos hemos pasado por eso: primero el dolor, luego la rabia y después la necesidad de actuar. Paso a paso. Cada vez concienciamos a más gente»

Flora se dejó entrevistar y siguió al periodista al interior de la granja sin cerrar los ojos. El reportaje se emitiría en el programa del fin de semana; ese mismo día, ella presentó su dimisión.

Dejar el oasis era como salir del «nido», un lugar protegido donde se había escondido; ahora, en cambio, le tocaba reinventarse

CONTINÚA



Según la **FAO - Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura**, las cadenas de suministro ganaderas son responsables de cerca del 14,5 % de las emisiones globales de gases de efecto invernadero causadas por el hombre, debido principalmente a la producción de piensos, la fermentación entérica, la gestión del estiércol y el cambio de uso del suelo.

Esa noche, en la sede de la asociación ecologista, conoció a otras personas. Como si la conocieran de siempre, la abrazaron, la besaron, la elogiaron y bromearon con ella después de que su compañero contara que hablaba con criaturas plumíferas y que había ido a la cita vestida de negro como un ladrón. Pero todo se sintió natural; se sintió a gusto con los demás y consigo misma. Entre vino y pizza fría, circulaban folletos para la manifestación que marcharía desde el centro de la ciudad hasta la entrada de las granjas.

Se guardó uno en el bolsillo, sonriendo a otros rostros risueños, jóvenes y no tanto, que se movían a su alrededor.

«¿Y bien, qué piensas hacer? ¿Vienes a la manifestación o no?», le preguntó alguien con dinamismo.

Flora giró entre sus manos la copa de vino aún intacta.

LA ELECCIÓN DE FLORA



Flora decide no ir a la manifestación. Ve a la página 45



Flora decide participar en la manifestación. Ve a la página 19

Al día siguiente, se vistió con esmero y fue al centro de la ciudad, donde se encontró ante una multitud grande y diversa de niños, hombres y mujeres de todas las edades, colorida y pacífica, con pancartas y megáfonos para corear consignas. La marcha arrancó, llenando las calles. Flora se sentía feliz y, por primera vez, parte de algo. Llevaban una hora marchando, dejando atrás las casas mientras se dirigían hacia el campo y el oasis.

«Se me ha acabado el agua de la botella; voy a llenarla en la fuente antes de seguir», dijo, separándose del grupo

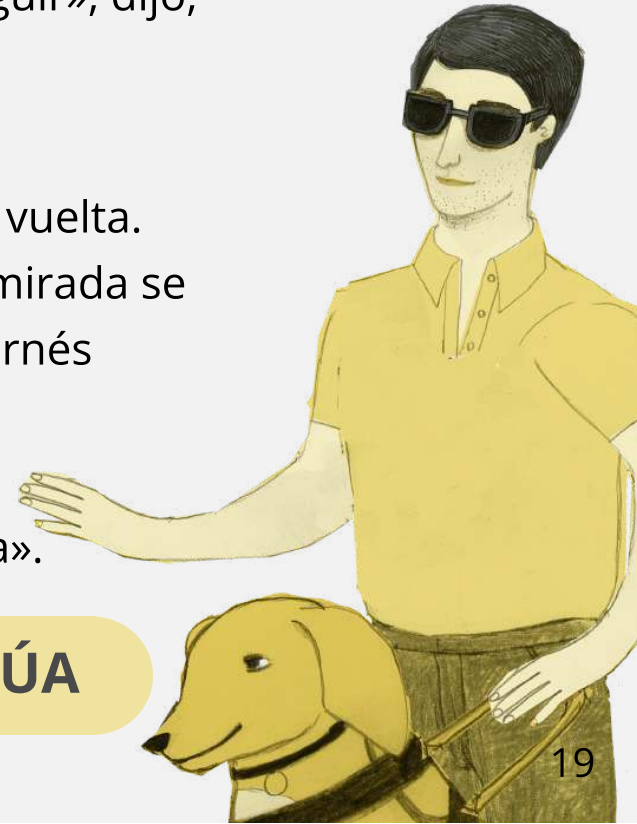
Alguien tropezó con ella.

«¡Oye! ¿Es que estás ciego? ¡Mira por dónde vas!», dijo antes incluso de darse la vuelta. Flora se puso roja como un tomate. El chico que tenía enfrente sí era ciego; su mirada se ocultaba tras unas grandes gafas oscuras y, a su lado, un golden retriever con arnés la miraba moviendo la cola antes de responderle con un ladrido.

Flora refunfuñó una disculpa:

«Lo siento, lo siento de verdad, no sé cómo pedirte perdón, he sido una grosera».

CONTINÚA



«No te preocupes, no es culpa tuya que sea ciego. Pero lo que me entristece es que no me hayas visto: ¡porque soy guapísimo!», dijo sonriendo. Fue entonces cuando le asaltó el recuerdo. Detrás de aquellas gafas negras estaba Cosimo. «¿Cosimo?», preguntó ella.

«Sí, soy yo, y tú eres Flora».

«¿Cómo lo sabes...? ¡Ah, claro, has sentido chocar mi cuerpo gordo!».

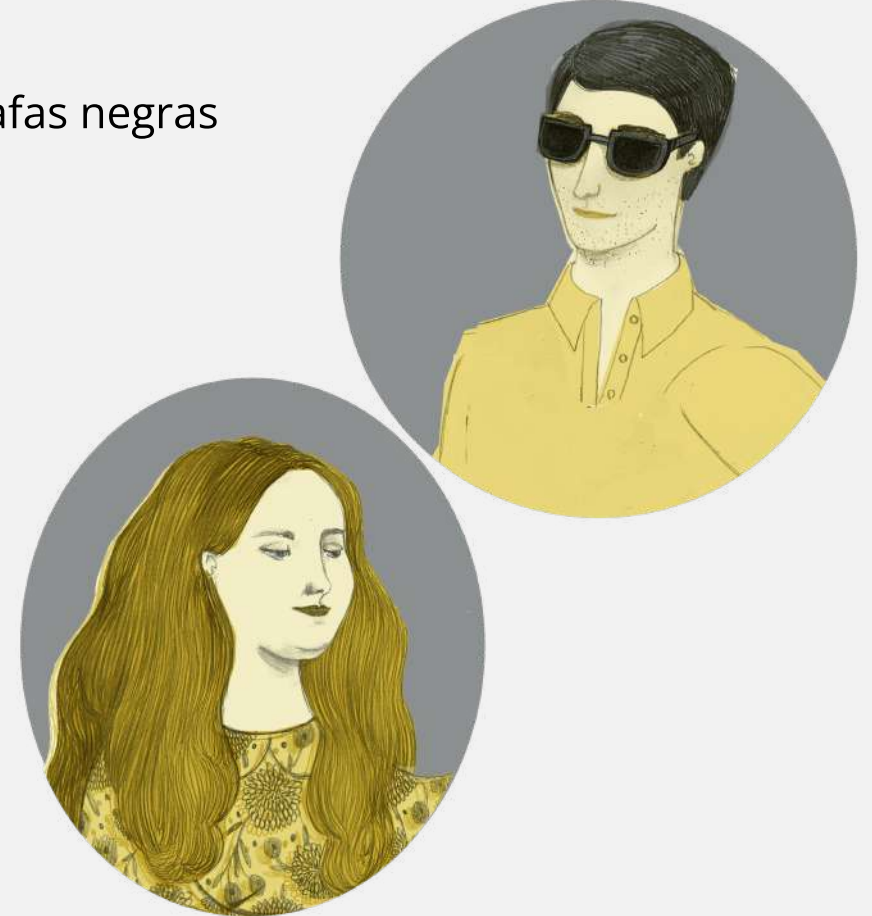
«No, es por tu voz; la reconocería entre miles. Aunque en el colegio solo la oía cuando te llamaban para salir a la pizarra, nunca hablabas con nadie».

«Prefiero no hablar del colegio».

«Sí, no, en realidad... quería pedirte perdón por no haberte defendido nunca».

«Escucha, no pasa nada, fue hace mucho tiempo y ya no me importa. Y además, tal vez ahora que te has quedado ciego y necesitas a los demás, estés obligado a ser bueno».

Lo dijo y se arrepintió de inmediato.



CONTINÚA

Cosimo respondió: «Tienes razón, puede parecerlo. Pero perder la vista me ha enseñado a ver mejor, más profundamente, a los demás y a mí mismo. Como decía el Principito, solo se ve bien con el corazón. Perdona, ahora que lo he dicho me siento estúpido. Aunque normalmente funciona cuando intento ligar», añadió intentando ocultar su timidez. «... El Principito es mi libro favorito». Cosimo continuó persuasivo, aunque sin poder ocultar un leve temblor en la voz: «De verdad, Flora, quería pedirte perdón mil veces, pero habías desaparecido y no sabía dónde buscarte. Me gustaría tener otra oportunidad. Y, de todos modos, ¿qué quieres hacer, meterte con un pobre ciego? ¿Excluirme por ser diferente?».

Flora se agitó inquieta. «¿Puedo tocarte la cara? Me gustaría "verte"», pidió Cosimo.



CONTINÚA

«¡De ninguna manera! No quiero eso», respondió ella, riendo nerviosa.
«Déjate mirar...». Cosimo alargó las manos y encontró su rostro; lo acarició, recorriendo sus facciones con los dedos.
«Eres tal como te recordaba».
«¿Gorda?».
«No: suave, acogedora, hermosa».
«¿Hermosa?».
«¿Quieres llevarle la contraria a un pobre ciego?», preguntó él con ironía.
«¿Y yo? ¿Cómo soy? ¿Acaso no soy el ciego más guay del mundo?»
Mientras tanto, el grupo se alejaba. Cosimo la tomó del brazo, animándola suavemente a avanzar, mientras Osvaldo, el perro, lloriqueaba feliz.
«¿Continuamos la marcha juntos?».
«Por supuesto», respondió Flora, agarrándose al brazo de Cosimo.

CONTINÚA



Tras la marcha, siguieron viéndose y su amistad se transformaba poco a poco en algo que asustaba a Flora. Cosimo trabajaba como pediatra para una ONG.

«En cierto modo, tenemos muchas cosas en común: tú trabajas con aves migratorias y yo trabajo con... niños migrantes», le dijo Cosimo una noche durante la cena.

«Como estás sin trabajo, podrías colaborar con nosotros. Tienes las cualidades idóneas, hablas un inglés excelente...»

«No lo sé, la gente me asusta. Después de la manifestación y de lo que vi, quiero seguir luchando por el cierre de esos lugares de tortura», confesó Flora.

«Ambas cosas no se excluyen. Creo que deberías intentarlo. Te espero mañana en nuestra sede»

LA ELECCIÓN DE FLORA



Flora acepta la invitación.
Ve a la página 24



Flora duda. Ve a la página
48



Tras los primeros días, en los que se había sentido incómoda, poco a poco empezó a sentirse implicada y cada vez más motivada.

El trabajo no era tan diferente; solo cambiaban los sujetos: en vez de pajaritos, había personas, pero por lo demás era lo mismo. Tenía que anotar sus datos, asegurarles con voz suave que todo iría bien, que las cosas se solucionarían, esperando que pronto fueran «libres» para empezar una nueva vida.

CONTINÚA



A menudo recordaba los versos del poema de Neruda: «...vuela el río incesante de las aves. Asoma una, punto perdido en el espacio abierto de las nieblas: detrás van las cohortes silenciosas, la masa de plumas, el triángulo tembloroso que corre sobre el océano frío, la sagrada muchedumbre humana, palpitante, la flecha de la nave migratoria».

Solo que ahora, para ella, tenían otro significado. Esa sagrada muchedumbre humana que desembarcaba cada día, con rostros demacrados, miradas tristes, vacías y asustadas. Sus corazones latiendo rápido como los de sus pajaritos en la red. La masa de sus cuerpos hacinados en los barcos, a merced del mar y de las olas.

CONTINÚA

Absorta como estaba en su propia vida, en las sacudidas y cambios que habían tenido lugar, casi no había pensado en lo sucedido el verano anterior: el calor extremo, el deshielo de Groenlandia, la muerte de muchas especies animales y la agonía de otras, la desertificación que se apoderaba cada vez más de las tierras africanas más allá, y las personas obligadas a dejar sus países en busca de un lugar donde sobrevivir.

Mientras anotaba los nombres, edades y sexos de las personas que desfilaban ante ella, mientras escuchaba sus dolorosas historias y secaba sus lágrimas, pensaba en todo esto. De repente, se produjo otro naufragio. El mar solo devolvió cuerpos sin vida. También los de muchos niños.

Las palabras del poema resonaron en su interior: «Los cadáveres de las aves marinas caían sobre la arena, pequeños bultos negros envueltos por alas bruñidas como ataúdes fabricados en el cielo».



CONTINÚA



La migración climática es uno de los desafíos más urgentes que afrontamos, con millones de personas obligadas a abandonar sus países debido a los impactos del cambio climático.

Cambios extremos como inundaciones, sequías prolongadas, la subida del nivel del mar y otros fenómenos meteorológicos amenazan seriamente la seguridad, la salud y la sostenibilidad de las comunidades.

Según el IDMC, en 2017 unos 18,8 millones de personas en 135 países huyeron por desastres naturales repentinos. Entre 2008 y 2016, los desastres provocaron aproximadamente 227,6 millones de desplazados internos.

Las previsiones del Banco Mundial son dramáticas. El informe «Groundswell» revela que, para 2050, el África subsahariana podría registrar 86 millones de migrantes climáticos internos; Asia Oriental y el Pacífico, 49 millones; Asia del Sur, 40 millones; el norte de África, 19 millones; América Latina, 17 millones; y Europa Oriental y Asia Central, 5 millones.

En total, más de 216 millones de personas podrían verse desplazadas dentro de sus propios países para el año 2050.

Sources:

Internal Displacement Monitoring Centre - <https://www.internal-displacement.org/>
World Bank, Groundswell report.





El verano más caluroso jamás registrado no solo había contribuido al deshielo en Groenlandia, sino que, como consecuencia, había alterado los patrones de circulación atmosférica, acelerando aún más la desertificación en las zonas ecuatoriales, con temperaturas en aumento y periodos de sequía cada vez más prolongados. A los habitantes de aquellos territorios no les quedó más remedio que marcharse.

Sin embargo, desde aquel verano de cinco años atrás, también el sur de Italia había empezado a sufrir las drásticas consecuencias del cambio desencadenado por el deshielo.

Los agricultores atravesaban dificultades crecientes debido a la falta de lluvia; en pocos años, habían visto desaparecer sus cosechas. Habían intentado poner remedio plantando árboles, pero no siempre con resultados positivos.



CONTINÚA

En una verdadera guerra entre pobres, habían apoyado políticas de rechazo a los migrantes, solo para convertirse, a su vez, en parte de esa masa obligada a emigrar en busca de trabajo, un futuro mejor o un hogar. La gran sequía, en territorios africanos ya azotados por el hambre y la pobreza, había provocado la proliferación de enfermedades como el dengue y la malaria, matando a mujeres y niños.



Las travesías marítimas se habían vuelto cada vez más difíciles y, cada año, los naufragios de quienes intentaban huir en masa eran más frecuentes.

Flora nunca podría borrar de sus ojos aquellas desgarradoras imágenes: los cuerpos abandonados en la playa, arrastrados por las olas junto a los fragmentos de la barca que se había hundido junto con sus vidas.

Luego, en medio de todo aquel dolor absurdo, llegaba la policía para llevarse a los supervivientes. Para trasladarlos a algún centro de detención lejano, como si no hubieran sido ya suficientemente maltratados. Los desembarcos continuaban, cada vez más numerosos debido al cambio climático, que hacía que los territorios pobres fueran cada vez más pobres.

CONTINÚA

Esperando su llegada no solo estaban las ONG, sino también algunos representantes de la asociación «Los italianos primero».

Había una prácticamente en cada país; solo cambiaba el gentilicio: «Los franceses primero», «Los holandeses primero»... en un choque de todos contra todos.

Cabezas rapadas, tatuajes de símbolos inequívocos: esperaban a los inmigrantes para insultarlos y amenazarlos. Entre el grupo que se apostaba en el muelle y a veces seguía a los inmigrantes hasta el centro de detención, Flora reconoció un día a Ginevra.

El mismo rostro arrogante y despiadado. Por un momento, sintió que volvía al colegio. Ginevra increpaba y gritaba a los inmigrantes de la misma manera que antes le gritaba crueldades a ella.

Flora se escabulló hacia el interior, directa a la clínica pediátrica de Cosimo.



CONTINÚA

Sentados en la mesa de exploración estaban un niño pequeño y una chica joven. Ambos tenían unos ojos grandes y asustados. Ella apretaba con fuerza la mano del pequeño entre las suyas, como temerosa de perderlo.

La chica parecía tener una edad indefinible; se inclinó hacia el oído del niño, susurrándole palabras imposibles de entender, pero que debían de ser tranquilizadoras, a juzgar por la sonrisa que asomó tímidamente en su carita.

CONTINÚA



Le parecieron dos pajaritos frágiles.

«Llegaron anoche en otro desembarco. Entre los adultos rescatados, ninguno parece tener relación con ellos. La chica habla un poco de inglés. Parece que a su madre se la "tragó" el mar... aunque me temo que en realidad no son hermanos. Ella, Fatima, podría tener ya dieciocho años; si fuera así, podrían repatriarla. Sueli tiene cinco», dijo Cosimo, y luego añadió:

«Tenemos poco tiempo para decidir qué hacer. Estoy cansado de las devoluciones en caliente; no quiero hacer sufrir más a nadie. Fatima me ha dicho que tiene una tía en Dinamarca».

LA ELECCIÓN DE FLORA



Flora decide luchar por
los dos niños y quedarse.
Ve a la página 32



Flora decide emigrar con
los dos niños. Ve a la
página 35

«Fuera está esa gente de "Los italianos primero". Cada día la situación es más difícil. Pero ya no quiero escondirme, ya no quiero huir. Este país tiene un problema, pero no somos los únicos; todo el planeta está en llamas, y si corremos, si pensamos que el problema se soluciona marchándonos, tarde o temprano el fuego nos alcanzará», dijo Flora con vehemencia.

Cosimo sonrió tras sus gafas; deseaba escuchar esas palabras.

«Estoy de acuerdo contigo».

Flora acarició la cara de Sueli y este se escondió tímido en el abrazo de Fatima, sin dejar de mirar con curiosidad a aquella gran mujer sonriente. Flora anotaba las respuestas de la chica, sin dejar de sonreír ni de decir palabras amables. De repente, Sueli bajó de un salto de la mesa y se acurrucó en su regazo, rodeándola con sus brazos pequeños, delgados como los de un pajarito.



CONTINÚA

«Hola, mi pequeña tarabilla», dijo Flora, estrechándolo contra sí y sintiendo una alegría increíble.

Quizá ese fue el momento en que tomó su decisión, o tal vez fue tras el enfrentamiento con Ginevra unos días después. Como siempre, Ginevra, con su pequeño grupo de marginados, asediaba la entrada del centro de acogida, gritando insultos al paso de los migrantes.

Flora solía entrar por una puerta lateral para evitar encontrárselos, pero se había cansado y decidió plantarles cara.

«¿Por qué no os los lleváis a vuestras casas?», le gruñó ferozmente la antigua chica rubia de la clase de 5.ºC.

Flora se detuvo y la miró, imponiéndose con su metro ochenta de estatura, y luego respondió con calma: «De todas las tonterías que dices, tal vez esta sí tenga sentido. ¡Gracias por el consejo!».

Flora solicitó la adopción de los dos jóvenes, mientras el mundo entero vivía una situación climática cada vez más compleja. Sin embargo, la nueva responsabilidad que asumió con Sueli y Fatima la hizo más fuerte y la obligó a albergar esperanzas en el futuro. Flora se había convertido en la portavoz de un proyecto para crear un oasis ampliado.

CONTINÚA

«¡Tenemos que empezar por algún sitio!», había dicho el día que reunió a sus antiguos compañeros.

Siguiendo el ejemplo de otros países, habían empezado a plantar árboles, conscientes de que sería una tarea larga y compleja, con resultados inciertos. Pero quería que Sueli y Fatima tuvieran un mundo mejor, o al menos uno que intentara serlo..

De vez en cuando, hojeaba los viejos registros donde había anotado y controlado el paso de las pequeñas aves migratorias. Le mostraba a Sueli las imágenes y fotografías de aquellas criaturitas. Le había regalado un cuaderno en el que a él le encantaba dibujarlas e imitar el trabajo de Flora.

«Quizá algún día tú también seas ornitólogo».

Sueli le sonreía, feliz.

Desde la ventana, por un momento, creyó ver una pequeña tarabilla. Quizá fuera un espejismo o, tal vez, una pequeña esperanza.

FIN





En África avanza un proyecto ambicioso: la Gran Muralla Verde, una barrera de vegetación a lo largo de la región subsahariana del Sahel. Si se completa, será el mayor plan de reforestación de la historia, destinado a contrarrestar el calentamiento global y frenar la desertificación, un problema que afecta a todo el planeta.

El proyecto se inspira en el de China, que durante casi medio siglo ha realizado una de las mayores reforestaciones históricas. Con el Programa del Cinturón Protector de los Tres Nortes, se han plantado unos 66.000 millones de árboles para crear una barrera verde rodeando el desierto de Taklamakán, el segundo desierto de arena más grande del mundo.

Este cinturón forestal no solo detiene el avance de la arena y protege pastizales y cultivos, sino que transforma zonas áridas e improductivas en una vasta «herramienta» capaz de absorber el CO₂ de la atmósfera.

El profesor Yuk Yung, docente de ciencia en Caltech e investigador de la NASA, sostiene que los resultados muestran cómo la intervención humana puede mejorar la captura de carbono en los paisajes más secos, frenando a la vez la desertificación.

Durante la noche, no logró conciliar el sueño. Por más que repasaba mentalmente los motivos para tomar partido, no conseguía decidirse. Hablaba consigo misma, intentando convencerse, repitiendo frases tranquilizadoras y buscando consuelo en sus propios e intrincados razonamientos.

Se repetía que había estudiado mucho y que la vida de las aves migratorias corría cada vez más peligro. El declive era drástico y la financiación que había llegado era lo que todos deseaban. Cuántas veces les había oído quejarse: «Si tan solo tuviéramos más dinero...».

En voz alta, como intentando calmarse, se decía: «Ahora, por fin, el dinero está ahí. A veces uno no puede permitirse ser demasiado escrupuloso. Habrá otros polluelos, pero si el martín pescador o la pequeña tarabilla desaparecieran... La gente no se da cuenta de que todo cambiaría. Mi misión es cuidar de las pequeñas aves migratorias».



CONTINÚA

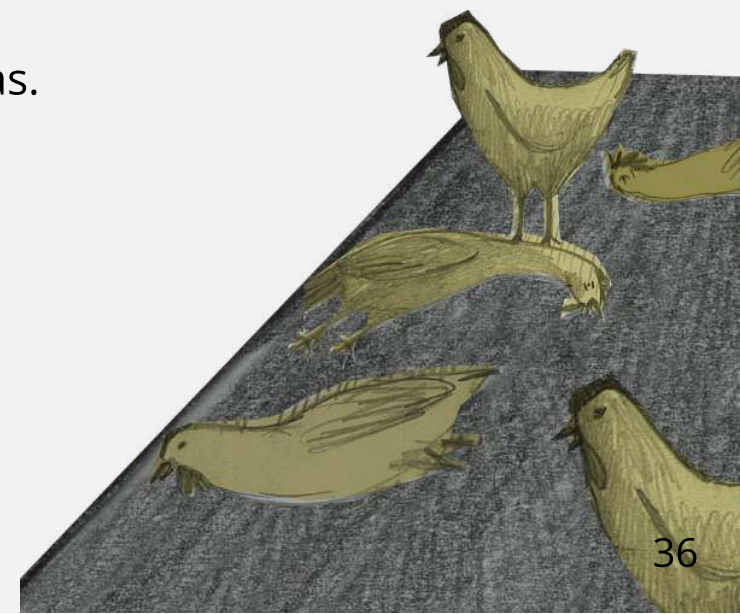
Los pensamientos se agolpaban en su mente mientras se daba la vuelta en la cama; las mantas revueltas parecían asfixiarla, como si su propio razonamiento le oprimiera el corazón. Como una masa compacta de bandadas, sus ideas flotaban, fluyendo por su cabeza en oleadas.

Por más que reformulaba sus pensamientos desde el principio, siempre la dejaban insatisfecha. Su decisión no la convencía ni a ella misma. Como ya le había ocurrido antes, la ansiedad siempre le provocaba fiebre. Se vio obligada a llamar: «Hoy no puedo ir a trabajar».

Agarró el teléfono; había mensajes de sus compañeros. En casi todos, solo aparecían estas palabras: «Pon la tele».

En el canal de noticias, mostraban a los manifestantes asaltando las granjas. Animales enfermos y muertos picoteados por otros. Gritos frenéticos.

CONTINÚA



Apagó la televisión sintiéndose triste, como si hubiera perdido la oportunidad de estar en el bando correcto. De hacer algo contra otro abusón, «el abusón de los pollos», como lo habían llamado.

Se sentía impotente, como los pajaritos atrapados en la red, como cuando era joven y la insultaban y maltrataban.

Los últimos datos que había registrado volvieron a su mente: las aves que nunca regresaron, el declive de la especie y cuánto había afectado esto al entorno, a la naturaleza y a las personas. Trabajar en el oasis le había enseñado que los insectos, los animales y las aves forman parte de un único gran ecosistema, y que su presencia nos proporciona agua potable, aire limpio, suelo fértil y un clima mejor que la tecnología no puede reemplazar. Si fingimos no ver, si no mostramos interés, no nos interesamos por nosotros mismos ni por nuestras propias vidas.

Flora comprendió que esta vez había sido ella quien había faltado al respeto. Había faltado al respeto a su propio futuro, a aquellos animales explotados, al medio ambiente. Porque todo está conectado: no podemos vivir siempre en un oasis feliz. Tenemos el deber de actuar, de decir no, incluso por quienes no tienen ese poder.

FIN

De camino a casa aquella tarde, la agradable sensación que había experimentado se desvaneció, dando paso a sus habituales dudas y reflexiones: lo bien que se sentía participar en las manifestaciones, pero cómo, en el fondo, no servían de mucho. Además, al posicionarse ya había perdido su trabajo y no quería comprometerse más

Más tarde, al meterse entre las sábanas, pensó que decidiría al día siguiente: si al despertar sentía que debía participar a toda costa, iría; de lo contrario, empezaría a buscar trabajo, ya que se había quedado sin él.

La alarma llevaba ya varios minutos sonando, y el habitual canto de los pájaros le recordaba que era hora de ir a trabajar al oasis. Pero el oasis ya no era su lugar. Este pensamiento la golpeó y la entristeció.

«No iré a la manifestación», fue lo siguiente que pensó.



CONTINÚA

Después de ducharse, se paró frente al espejo y, hablando en voz alta a su reflejo, empezó a aconsejarse: «¿Habrá otros oasis no financiados por criminales donde pueda encontrar trabajo? Las cosas no se solucionan protestando... a veces, simplemente son lo que son»

Mientras intentaba ponerse rímel en las pestañas, se detuvo con el aplicador a medio camino y el rostro cerca del espejo, como si necesitara saberlo. Intentó leer las letras diminutas del tubo; quería saber si era un producto vegano, no testado en animales, porque incluso las pequeñas decisiones así podían ser útiles. Podían tener un impacto y marcar la diferencia. Pero, sacudiendo la cabeza, espantó ese pensamiento y terminó de maquillarse.

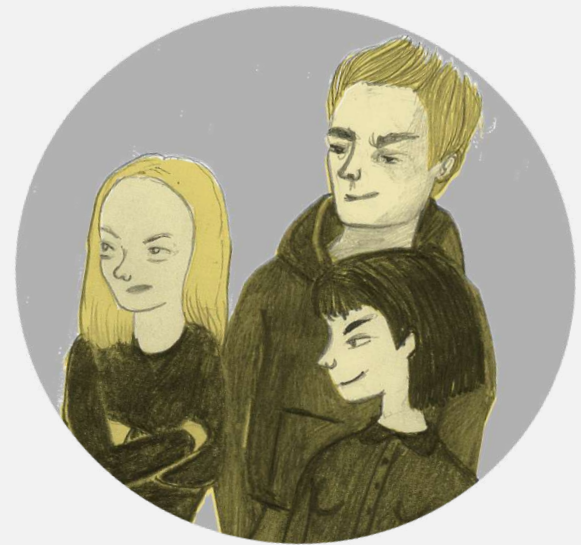
Cuando, unas horas más tarde, miró el reloj, lo hizo solo para asegurarse de que la manifestación ya había terminado. De nuevo, hizo un gesto de irritación, como para sacudirse ese sentimiento. Para no pensar, empezó a leer las noticias en el móvil. Le habría gustado distraerse con algo frívolo, pero el algoritmo solo le mostraba noticias sobre el cambio climático: sobre cómo el verano más caluroso de la historia había matado en las ciudades a ancianos y personas pobres sin acceso a lugares frescos.

CONTINÚA

Sobre cómo los animales intentaban desplazarse hacia el norte en busca de frescor y alimento, huyendo de la desertificación. Al igual que las masas de migrantes climáticos que partían cada día con la esperanza de encontrar un lugar que los acogiera, para chocar en cambio con países seguros y ricos que, por el contrario, hacían todo lo posible, gastando dinero y recursos para excluir a esas personas, con bloqueos y devoluciones en caliente.

Mientras deslizaba las noticias, que se clavaban como fragmentos en su cabeza y su corazón, un rostro la impactó. Alguien que la había herido en el pasado y que ahora seguía haciendo daño: Ginevra, fotografiada mientras gritaba insultos a los inmigrantes y a un grupo de manifestantes de una ONG, entre los que Flora reconoció a algunos compañeros a los que había decepcionado y abandonado.

Cerró el teléfono y lo lanzó lejos. La marcha había comenzado sin ella; la habían esperado un rato, pero al final empezaron a caminar, coreando consignas y pidiendo justicia para los animales.



CONTINÚA

La comitiva era pequeña; tal vez, como Flora, muchos habían preferido dedicarse a otra cosa. Sin embargo, los pocos que quedaban habían llegado a la granja, donde Sísifo los esperaba, respaldado por el director del oasis, para dar su propia versión de los hechos: «Lo que decís pertenece al pasado. Nosotros financiamos la investigación y los oasis donde se protege a las aves migratorias en peligro». Los equipos de televisión presentes filmaron el discurso y se les permitió entrar en las granjas, donde todo había sido cuidadosamente dispuesto para desmentir lo que la investigación había demostrado. Los animales muertos habían sido retirados y unas gallinas rollizas picoteaban tranquilas en el gran patio verde.

«Ciertos canales de televisión solo quieren perjudicarnos a los productores. Deberíamos preguntarnos si esos vídeos que mostraron son reales o quizás creados artificialmente con IA».

Para entonces, la duda ya se había sembrado, y las campañas publicitarias centradas en la agricultura ecológica y el bienestar animal hicieron el resto.

CONTINÚA



El verano apenas había comenzado, pero las temperaturas alcanzaron niveles récord debido al derretimiento del hielo. El boletín de especies en peligro de extinción se había vuelto ya ilegible. No pasaba un solo día sin que se mencionara alguna especie.

El aire cálido y asfixiante de la ciudad obligaba a la gente a buscar alivio en lugares con aire acondicionado gratuito. Muchos caminaban con mascarillas o pañuelos sobre la boca y la nariz para no respirar la arena que el viento cálido del sur soplaba cada día sobre las ciudades. Otros, más afortunados, podían permitirse dispositivos de protección para respirar aire filtrado.

A pesar de esto, sin embargo, la memoria colectiva era cada vez más corta: solo habían pasado unos meses desde la emisión de los reportajes, pero todo el mundo parecía haber borrado por completo de su mente el problema y las complicaciones de la ganadería intensiva.

CONTINÚA



Una nevera vacía había llevado a Flora al supermercado. Caminando por los pasillos, miró los carritos de los demás: el inconfundible envase de las «gallinas felices» de Sísifo destacaba por todas partes. Muchísima gente compraba los productos Cartagini.

Muchos eran indiferentes al bienestar animal y al medio ambiente; otros se habían dejado convencer por la publicidad; otros, tal vez, creían que cambiar es difícil. Flora había perdido su oportunidad, y con ella todos los que, por comodidad o miedo, preferían no ver, pensando que bastaba con cambiar de canal, pasar el vídeo de largo para ver el siguiente, encerrarse en casa con el aire acondicionado encendido y dejar todos los problemas fuera.

CONTINÚA



Flora sintió las lágrimas caer y mojar su rostro. Girándose hacia una mujer que no conocía, le dijo: «No los compre. Todos somos responsables del cambio».

La mujer, asustada, quiso alejarse, pero Flora levantó la voz y se dirigió a todo el mundo.

«Nos concierne a todos: cada elección, cada decisión, cada comportamiento incorrecto de cualquiera de nosotros tiene consecuencias para toda la comunidad».

Alguien aplaudió; otros se alejaron rápidamente. Flora salió del supermercado; el calor y la arena la golpearon en la cara, haciéndola tambalearse, y buscó refugio en su coche eléctrico. Los pensamientos de los últimos meses, de los últimos minutos, daban vueltas en su cabeza; se sentía extrañamente eufórica. Una vez en casa, agarró el teléfono y escribió rápidamente el mensaje: «Lo siento, me equivoqué en todo. Me gustaría volver y ayudaros». Acto seguido, pulsó enviar.

Un sonido de trino en su teléfono la alertó de la respuesta:

«¡Hola, Flora, te estamos esperando!».

FIN

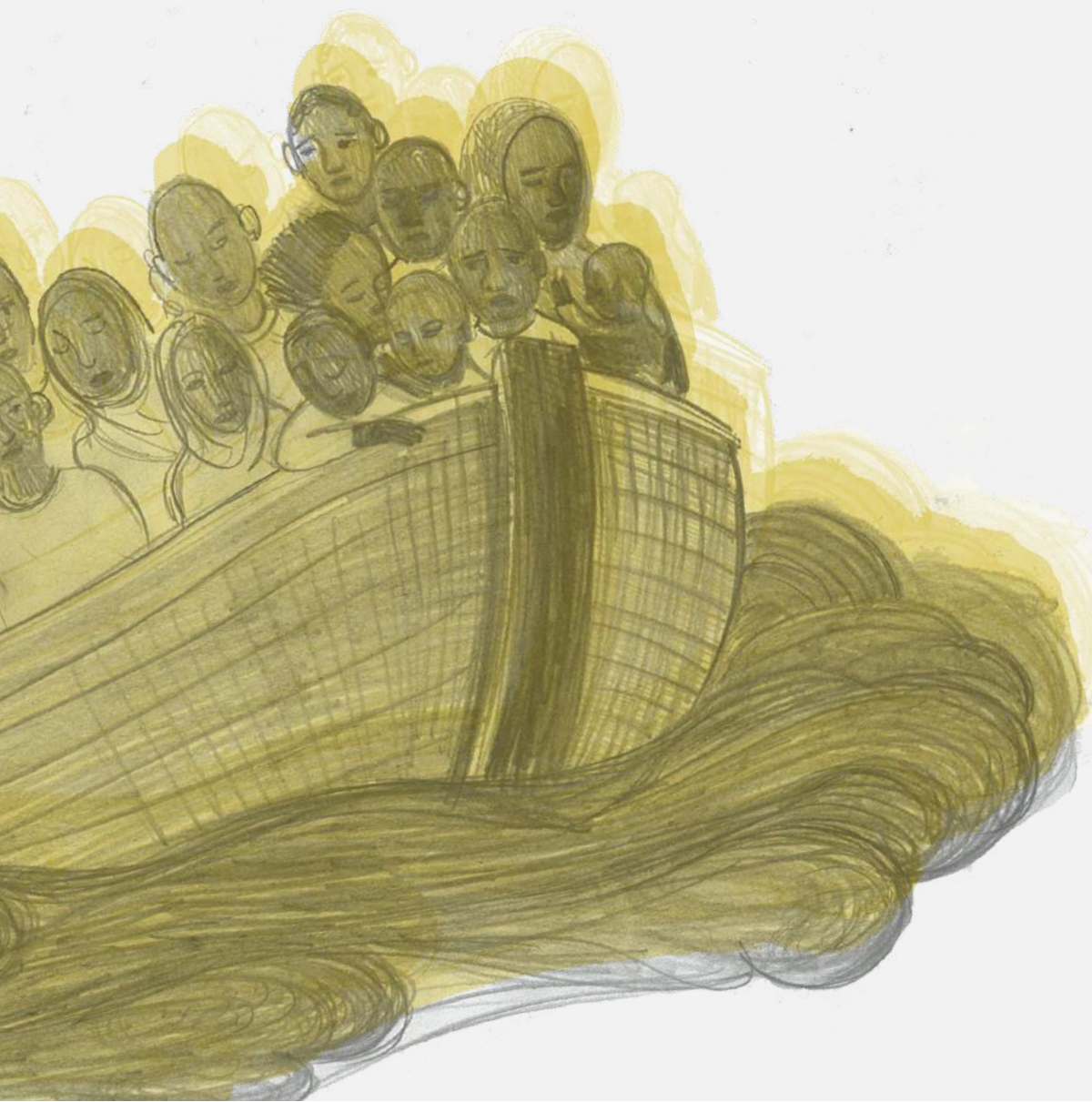


Flora no estaba segura, así que se tomó unos días para reflexionar. No lograba entender qué quería hacer con su vida. Su amistad con Cosimo, se preguntaba, ¿era realmente solo una amistad? Siempre había tenido tanto miedo a todo. Quizás el escudo que había construido a su alrededor le impedía vivir, ver a las personas tal como eran y tomar decisiones sin tener que sopesarlas infinitamente por temor a las consecuencias.

El oasis donde había trabajado quedaba ya lejos y, sin embargo, era como si otro oasis la rodeara todavía: un doloroso espejismo que la mantenía alejada de todo, del afecto, del amor, de las decisiones que afectaban no solo a su propia vida, sino a la Vida misma, a la de todos, a la del mundo en el que vivía.

Abrió el ordenador y empezó a mirar la web de la ONG de Cosimo. Había fotografías de personas de otros países, datos dramáticos sobre la mortalidad causada por el cambio climático. ¿De verdad quería seguir comportándose como un avestruz, huyendo cada vez que algo la asustaba, o había llegado el momento de actuar y aportar su grano de arena?

CONTINÚA



Los informativos mostraban olas de migración cada vez mayores, causadas por veranos que año tras año eran más torridos. El desierto ya no era un lugar exótico y lejano; el cambio climático estaba transformando tierras antes fértiles en auténticos desiertos.

Quizás pronto, quienes arremetían contra los migrantes tendrían que hacer a su vez las maletas en busca de un lugar donde vivir, para terminar topándose, tal vez, con su propio grupo de «Nosotros primero».

CONTINÚA

Flora sintió que nada de esto le gustaba, pero ya no podía limitarse a decir que no le agradaba.

Tenía que hacer algo, algo concreto. Agarró el teléfono y, tras días sin saber nada el uno del otro, dejó un mensaje de voz:

«Cosimo, me gustaría una segunda oportunidad. Me gustaría ir a tu ONG. No sé si soy capaz; en realidad, todavía no me siento lista para esto, pero tal vez, si uno espera siempre el momento perfecto, ese momento nunca llegará. Sé que puedes enseñarme. Puedes enseñarme a ver como tú lo haces»

El teléfono siguió en silencio. Flora se dio cuenta de que tendría que ganarse de nuevo la confianza de Cosimo. Quizá no debía esperar más, sino pasar a la acción, porque las palabras no bastan; son nuestros actos y nuestra forma de comportarnos cada día lo que nos permite cambiar, progresar y mejorar. Se vistió a toda prisa: había mucho que hacer para recuperar el respeto que había perdido, pero aún conservaba la esperanza y su propia determinación. Salió a la calle, olvidando su teléfono. El nombre de Cosimo apareció en la pantalla.

FIN



Flora se sentía exhausta, como si no hubiera salida. Respiró hondo y cerró los ojos, como para ordenar sus pensamientos. Las palabras de su poema acudieron a su mente como una bandada, y dijo en voz alta:

«Las aves pasan, como el amor, buscando el fuego, volando del abandono hacia la luz y las germinaciones, unidas en el vuelo de la vida; y a lo largo de la línea y las espumas de la costa, las aves que cambian de planeta llenan el mar con el silencio de sus alas».

Cosimo permaneció en silencio tras sus gafas oscuras. Luego, extendió una mano para buscarla. Flora se acercó para dejar que él encontrara su rostro. Cosimo la acarició.

-Yo misma iré con ellos. Los acompañaré en persona.

-Es ilegal, lo sabes, ¿verdad?

-Lo sé, ¿pero cuáles son las alternativas? El mundo parece haberse vuelto loco. Necesitamos oasis de felicidad; aquí ya no es posible crear uno. Ya no. Nosotros también tenemos que emigrar, como ellos, como las aves. Hacia el norte, donde todavía sea posible imaginar algo diferente.

CONTINÚA

Fuera, mientras tanto, soplaban como siempre un viento cálido. Un viento que arrastraba dolor e ira, empujando a todo el mundo a marcharse. En las carreteras, los montones de arena cubrían los últimos matorrales, asfixiando el poco verde que quedaba. Los coches avanzaban en largas y lentas hileras.

«Ven con nosotros tú también...», susurró Flora.

«No puedo. Tengo que ayudar a los que llegan, pero me alegra que me lo hayas pedido...».

«Ojalá vinieras».

«Hagamos una cosa: ve tú primero. Encuentra tu oasis (no, nuestro oasis), construye el nido y yo iré»

FIN



PREGUNTAS DE REFLEXIÓN

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Siguiente



¿Cómo podrías actuar de otra manera en la vida real?

¿Te hace la historia reflexionar sobre tu propio comportamiento o sobre la forma en que afrontas los cambios, los miedos o las dificultades? ¿Hay algo que podrías hacer de otra manera?



¿Qué has aprendido de esta historia?

¿Has descubierto algo nuevo sobre la identidad, la exclusión, el sentido de pertenencia o la forma en que las personas reaccionan ante las dificultades?



¿Hay alguna decisión que, echando la vista atrás, tomarías de otra manera?

Si pudieras volver atrás en la historia,
¿qué decisión cambiarías? ¿Por qué?



En tu opinión, ¿qué relación existe entre la crisis climática y los sentimientos de incertidumbre o inseguridad?

El cambio climático no solo transforma el medio ambiente, sino también la forma en que las personas viven, se desplazan, hacen planes e imaginan el futuro. ¿Cómo se refleja este aspecto en la historia?



¿A qué final has llegado? ¿Qué elecciones te han conducido hasta ahí?

Piensa en el viaje de la protagonista. ¿Qué decisiones han tenido la mayor influencia en el resultado final?



¿Cómo influyen los pensamientos en las acciones?

En la historia, las dudas, los miedos, los recuerdos o las heridas emocionales determinan las decisiones del protagonista. En tu opinión, ¿la reflexión siempre nos ayuda a comprender mejor las cosas o, a veces, puede frenarnos?



¿Qué mensaje crees que quiere transmitir la historia al lector?

En tu opinión, ¿cuál es la idea más importante que queda al final del viaje, tanto a nivel humano como medioambiental?



¿Qué pueden hacer los jóvenes en un mundo en constante cambio?

Cuando el futuro parece incierto, ¿qué medidas concretas pueden seguir tomando los jóvenes, tanto en sus propias vidas como para hacer frente a la crisis climática?



¿Cómo te hace reflexionar esta historia sobre el cambio climático?

Aunque la historia trata sobre las emociones, las relaciones y el sentido de pertenencia, ¿qué relación ves con la crisis climática y los cambios que esta conlleva en la vida de las personas?



¿Qué significa sentirse «en el exilio»?

El exilio puede ser físico, pero también interno, social o emocional. ¿En qué momentos de la historia se manifiesta con mayor intensidad este sentimiento?

RECURSOS ADICIONALES

Siguiente



ACNUR – Preguntas frecuentes sobre el cambio climático y los desplazamientos provocados por desastres

<https://www.unhcr.org/media/frequently-asked-questions-climate-change-and-disaster-displacement>

BirdLife DataZone – Aves migratorias

<https://datazone.birdlife.org/topics/migratory-birds>

FAO – Soluciones ganaderas frente al cambio climático

<https://www.fao.org/family-farming/detail/en/c/1634679/>

OMS – Enfermedades transmitidas por vectores

<https://www.who.int/news-room/fact-sheets/detail/vector-borne-diseases>

CMS – Informe sobre el estado de las especies migratorias en el mundo

https://www.cms.int/sites/default/files/publication/State%20of%20the%20Worlds%20Migratory%20Species%20report_E.pdf



ArteSostenible



Este libro de aventuras es una creación del proyecto Erasmus+ Green Saga.

Financiado por la Unión Europea. No obstante, las opiniones o puntos de vista expresados son únicamente los de los autores y no reflejan necesariamente los de la Unión Europea ni los de la Agencia de Asuntos de Juventud. Ni la Unión Europea ni la autoridad otorgante pueden ser consideradas responsables de los mismos.

Código del proyecto: 2024-2-LT02-KA220-YOU-000293123



**Cofinanciado por
la Unión Europea**